



## COMENTARIO RELIGIOSO

Domingo 23 de marzo 2014

### Tercer Domingo de Cuaresma

Textos **Lectura del libro del Éxodo 17, 1-7**

**Salmo 94**

**Rom 5, 1-2. 5-8**

**Juan 4, 5-42**

*¿El Señor está realmente entre nosotros, o no?*, es la pregunta que se hicieron los israelitas en el desierto cuando comenzaron a experimentar sed y protestaron, porque para ellos era mejor estar en la esclavitud de Egipto, que en la libertad de la carencia. Visto desde ahora, y con el desenlace conocido de la historia, nos puede parecer inconcebible la actitud que toma el pueblo de Israel, ¿cómo es posible que se quejen frente a Dios?, quien ha hecho tanto por ellos.

Sin embargo, nosotros también en muchas oportunidades nos hacemos la misma pregunta, *¿El Señor está realmente entre nosotros, o no?*. Tantos momentos en que el pecado nos envuelve, o nosotros cooperamos a ese mal que carcome personas o comunidades. Circunstancias en que legítimamente podemos experimentar que no está Dios allí, que el Señor parece que guarda silencio. No siendo tanto una inactividad de Dios, sino mas bien, la profunda y radical evidencia que no está Dios, que parece que se ha ido.

Cuando miramos la historia de nuestra patria, por ejemplo, habrá momentos en que nos podremos preguntar *¿dónde estuvo Dios que permitió tanta muerte y odio entre hermanos?*, *¿por qué Dios no impidió la tortura aberrante que humilla y desconsuela?*. Y en nuestra propia historia, personal, comunitaria y eclesial, preguntar: *¿por qué no impediste Señor que se vulnerara al inocente?*, *¿por qué no pusiste tu mano para paralizar la satisfacción maligna del abusivo?*, *¿por qué dejas que triunfe el inicuo?*...tantas preguntas y muchas más que pudiéramos agregar, y que nos llevan a repetir como Israel, ¡mejor la esclavitud de Egipto!

Acercarnos a dar una respuesta sería demasiado aventurado, quizás podamos tomarnos del salmo 94 y decir: *“Él es nuestro Dios, y nosotros, el pueblo que Él apacienta, las ovejas conducidas por su mano”*. Sin duda que el Señor nos conduce y no deja de actuar en nuestra historia, aunque no lo percibamos. Quizás aquí radique la mayor paradoja de nuestro seguimiento cristiano, y que ni el mismo Cristo se quiso ahorrar. En la inacción, la acción; en el silencio, la palabra. Quienes más cerca de una



respuesta a esta paradoja han estado, son los místicos, decía San Juan de la Cruz en su *Cántico*, que les pido me permitan reproducir en parte:

*“¿Adónde te escondiste, Amado,  
y me dejaste con gemido?  
Como el ciervo huiste  
habiéndome herido;  
salí tras ti clamando y eras ido.*

*Vuélvete, paloma,  
que el ciervo vulnerado por el otero asoma  
al aire de tu vuelo, y fresco toma.*

*Mi Amado las montañas,  
los valles solitarios nemorosos,  
las ínsulas extrañas, los ríos sonorosos,  
el silbo de los aires amorosos,  
la noche sosegada en par de los levantes de la aurora,  
la música callada, la soledad sonora, la cena que recrea y enamora.”*

Lo anterior, con otras palabras lo dice San Pablo en la segunda lectura: *“Y la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado”*. Desde el Amor que se entrega sin medida, incluso hasta la muerte, comprendemos esa presencia y esa “actividad” de Dios, que es “música callada” y “soledad sonora”.

La escena que nos relata el Evangelio de este domingo, no debe dejar de sorprendernos. La samaritana, perteneciente a una religión rechazada por los judíos, se detiene a conversar con Jesús. Pero tengamos presente que es Él quien toma la iniciativa, es el Señor quien desde el romper esquemas, de religión y sexo (era inconcebible en ese tiempo que una mujer y un hombre dialogaran de esa forma), supera los convencionalismos y normas sociales, y nos salva, reconcilia y perdona.

La conversación partirá desde la superficie para adentrarse a aquella profundidad humana donde actúa el Señor. Pide agua porque tiene sed, pero entregará el “agua viva” de quien es capaz de romper todo muro que excluye y separa.

En este sentido podríamos decir que frente a nuestra queja por el aparente silencio de Dios, hoy Jesús nos demuestra que desde esa cercanía con nuestra humanidad, que a la samaritana le permite reconocerlo como profeta frente a su historia marital, nos



ofrece una salvación gratuita, que jamás condena y que por el contrario es palabra que redime y restituye en la filiación herida.

¡Cuanto de nuestro corazón anhela como la samarita esa agua que se derrama desde el espíritu y la verdad!, agua que nos purifica en la ansia de la espera del Mesías, que nos revelará el Amor incondicional del Padre y dará respuestas a aquellas interrogantes que atenazan el alma.

Sabemos Jesús que has de venir... te esperamos;  
en las inconsecuencias de tu Iglesia que muchas veces no te revela,  
en el pecado de tus sacerdotes,  
en la falta de comunión de los bautizados,  
en el mal y las injusticias contra los débiles...te esperamos,  
sentados en nuestros pozos...

***“Jesús le respondió: “Soy yo, el que habla contigo”.***

Que en esta cuaresma pueda el Señor hablarnos al corazón y derramar su gracia en el, para que reconociéndole como nuestro redentor, lo anunciemos a nuestros hermanos, desde el encuentro que hemos tenido con su persona.

Finalmente, les copio un hermoso poema que recoge lo que hemos reflexionado, ¡feliz domingo y una excelente semana!

### **Dime quién eres**

*Ahora que la noche es tan pura,  
y que no hay nadie más que tú,  
dime quién eres.*

*Dime quién eres y por qué me visitas,  
por qué bajas a mí que estoy tan necesitado  
y por qué te separas sin decirme tu nombre.  
Dime quién eres tú, que andas sobre la nieve;  
tú que, al tocar las estrellas,  
las haces palidecer de hermosura;  
tú que mueves el mundo tan suavemente,  
que parece que se me va a derramar el corazón.*

*Dime quién eres, ilumina quién eres;  
dime quién soy también,  
y por qué la tristeza de ser hombre;  
dímelo ahora que alzo hacia ti mi corazón,*



Provincia Mercedaria de Chile

*tú que andas sobre la nieve.*

*Dímelo ahora que tiembla todo mi ser en libertad,  
ahora que brota mi vida y te llamo como nunca.*

*Sostenme entre tus manos;  
sostenme en mi tristeza,  
tú que andas sobre la nieve.  
Dime quién eres*

José Luis Blanco Vega, sj